



Trabajo Final - Traductorado Literario y Técnico-Científico en Portugués

Instituto Superior Lenguas Vivas, Misiones, Argentina

Título original: *Verdades do Submundo*

Título traducido: *Verdades del inframundo*

Autora: Cacau Correa

Alumna: Roldán Vanesa Soledad

DNI 30694504

CAPÍTULO 2

LA VISITA

Jonás caminó a paso lento, nadie lo esperaba en su casa, por lo tanto, no tenía ningún apuro. Todavía tenía hambre, su padre no le había dado la oportunidad de saborear su almuerzo, así que decidió parar en la panadería de don Abrahán para comer algo y hacer tiempo. Como siempre, llevaba consigo un libro; parecía un buen momento para leer algo interesante y escapar de la realidad.

Pidió un café expreso y una porción de torta de naranja, se sentó a la mesa del fondo de la panadería y abrió el libro. Era un pequeño compilado de cuentos de terror, las historias eran muy ricas en detalles y aportaban momentos de suspenso. Por un momento, se sintió bien, leer siempre era una buena opción para los momentos de ocio.

Inmerso en el mundo creado por la literatura, Jonás se desconectó del ambiente que lo rodeaba, y solo recobró la conciencia cuando se dio cuenta de que alguien se había sentado en su mesa y lo saludaba. Para su asombro y disgusto, era Daniel. No podía creer que después de tener que soportar a Dante hablando sobre sus fracasos, ¡ahora tendría que ser cordial con alguien a quien odiaba!

—¡Tanto tiempo, Jonás! Me encontré con tu mamá en la universidad, me dijo que las cosas no salieron muy bien en Toronto y que habías vuelto. Me imaginé que no durarías mucho tiempo allá, es difícil estar lejos de la familia ¿no? —dijo Daniel, aparentemente entusiasmado de encontrarse con Jonás.

—Hola, Daniel, realmente, hace mucho tiempo —respondió, sin emoción en su voz.

Pensó que verdaderamente había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio al «amigo» de la infancia, pero que había sido por un motivo, y reflexionó que podría haber pasado aún más tiempo.

Daniel giró la cabeza para ver la tapa del libro que tenía Jonás en la mano.

—No dejaste de leer esas pavadas, ¿no? Debés saber que eso no te llevará a ninguna parte; te voy a dar esta revista, creo que la estás necesitando. Es la última publicación de nuestra iglesia. Ni hace falta que me lo agradezcas ¿sabés?

—Que bondadoso sos, Daniel —dijo mirando la tapa de la revista.

—Entonces, amigo, ¿cuáles son tus novedades? —preguntó Daniel con su molesto entusiasmo.

—Sin muchas novedades —respondió ásperamente —¿Y vos?

—¡Ah, sí! Trabajo en una de las mejores empresas de acá de Olivas, me ascendieron recientemente, y ellos pagan mi maestría. Además, voy a casarme con Sara, ¿te acordás de ella? Recuerdo que te gustaba cuando eras adolescente, ¡parece que te gané de mano! ¡Jajaja!

—¡Felicitaciones! Me alegro por tu éxito.

—¡Gracias, amigo! ¡Espero que pronto pueda decir lo mismo de vos! Ahora me voy. Quiero dejarte leer la palabra de Dios con tranquilidad. Abrazos, Jonás.

El encuentro con Daniel duró pocos minutos, ¡pero le pareció una eternidad! Miró la revista, el título era *Cómo encontrar el camino a la felicidad*, pensó que por ser una revistita de diez páginas parecía muy poco probable que tuvieran una respuesta coherente a la pregunta. Pero el camino a su felicidad era obvio, ser reconocido en su profesión y no ser molestado por fanáticos religiosos. No parecía que fuera mucho, pero alcanzarlo, se estaba haciendo muy difícil. Al pensar en eso sonrió: sin duda, esa no era la respuesta que encontraría escrita en aquella publicación.

Tomó el ejemplar y lo tiró al basurero más cercano, no quiso dejarlo en la mesa para no correr el riesgo de contaminar a otras personas con pensamientos tóxicos que podrían venir en él. Decidió que irse a casa sería la mejor opción para tener un poco de paz y evitar que alguien más lo molestara. El hermoso día se había convertido en vendaval, empezaba a llover y el clima había cambiado de repente. Parecía que la tormenta de Dante lo perseguía de verdad,

literalmente. Apuró el paso para no ser alcanzado por la peor parte de la tormenta.

Al llegar a su edificio verificó si había recibido alguna correspondencia, culpándose por tener alguna esperanza de encontrar algo más que sus desagradables y compañeras facturas. El buzón de su departamento tenía una pequeña placa plateada con su nombre escrito en negro, Jonás Caruso. Se quedó pensando en lo que motivó a sus padres al elegir ese nombre; y recordó la historia bíblica de Jonás y la ballena. Hasta donde recordaba, el profeta se había negado a obedecer una orden de Dios, y cuando huía en un barco, fue alcanzado por toda la ira divina a través de una tormenta; al ser arrojado al mar se lo tragó un enorme pez. Solo salió de la ballena tres días después, cuando suplicó por el perdón divino.

Suspiró con pesadez, tratando de alejar la sensación de que el mundo se lo tragaba, como si el universo fuera el mismo pez de la historia bíblica. Se sentía impotente y no sabía qué hacer. Consideró que, si la historia del profeta era real, debió haberse sentido así. Pero a diferencia del profeta, pedir perdón a Dios no era una opción, no había nada de que arrepentirse, no había hecho nada malo. Pensó que hay gente que cree en la carga energética que tienen los nombres, y se preguntó si todos los «Jonás» cargan con la sensación de ser tragados por una ballena despiadada.

Tomó su correspondencia y subió las escaleras, hasta su departamento en el sexto piso. En el camino, siguió pensando en la historia de Jonás y la ballena. Creía que quienquiera que fuera ese Dios que lanzó su furia sobre el profeta, no podría ser llamado de creador bueno y misericordioso, después de todo, él apenas no quiso cumplir una orden, lo que no le parecía nada tan absurdo. Pensó que ese Dios podría ser definido como sádico, o al menos caprichoso, como un niño que rompe los juguetes cuando no obtiene la atención que cree merecer.

Llegó frente a la puerta de su departamento y se dio cuenta de que no tenía las llaves. En su desenfundada salida de la casa de sus padres, debió haberlas dejado sobre la mesa de la sala. Pensó que prefería tumbar la puerta a tener que

volver y recuperarlas, ahora en manos de Dante. Si volvía, sería un motivo más para que su padre lo llamara irresponsable. Sin mucha esperanza de lograr entrar al departamento, giró el picaporte, y para su sorpresa la puerta se abrió. Sintió un fuerte olor a canela, y parado en el umbral de la puerta notó que algo estaba mal. Nunca dejaba la puerta abierta, y el departamento siempre olía a moho desde la primera vez que había entrado en él. Además, la temperatura del ambiente había cambiado, siempre fue muy sofocante y ahora se sentía aireado y acogedor.

Asustado, cerró la puerta y se dirigió a la sala de estar; lo que vio entonces le provocó escalofríos, dejó caer la correspondencia por el susto. No sabía si correr o gritar, se quedó inmóvil. Jonás vio a un hombre desconocido sentado en su sillón con las piernas cruzadas, mirándolo como si estuviera esperando a un amigo, tenía una sonrisa en los labios, pero había algo inquietante en esa sonrisa, un poco tenebrosa y muy asustadora. El hombre era muy lindo, vestía un traje de buen corte, oscuro y muy moderno, parecía caro y hecho a medida. Tenía el cabello corto, oscuro como la noche y ojos penetrantes, fijos en él.

Jonás tartamudeó, pero aun nervioso logró preguntarle quién era.

—Jonás, te estaba esperando —dijo el hombre sonriente.

—¿Quién sos? —preguntó con la voz entrecortada.

—Bueno, es de mala educación no presentarme ¿no? Soy Lucifer —dijo el demonio con una sonrisa aún más amplia.

La respuesta del hombre asustó a Jonás, que deseó no haber preguntado nada. Pero luego de un instante se dio cuenta de lo que pasaba, era una broma de mal gusto, probablemente de alguno de sus pocos amigos.

—¿Lucifer? Supongo que estás aquí para llevarte mi alma —dijo con sarcasmo.

—No, mi querido —dijo el hombre aún sonriendo— Tu alma no tiene ningún valor para mí, por lo tanto, vine a proponerte un acuerdo. Por los acontecimientos

de hoy, supuse que estabas necesitando algún estímulo para alcanzar el éxito. No fue un buen almuerzo ¿no?

Jonás estaba realmente confundido ¿qué broma era esa? ¿Cómo el hombre sabía del desafortunado almuerzo?

—¿Cómo sabés eso? ¿Quién te mandó? ¿Fue mi papá? —preguntó totalmente confundido.

—Sé todo lo que pasa en la Tierra, este es mi reino, bueno, uno de ellos — dijo el demonio, alisando los hilos dorados de su pantalón con un encanto que, contra su voluntad, tranquilizaba a Jonás—. No necesito que nadie me mande, aparezco donde y cuando quiero, bajo la forma que más me conviene. Y, obviamente, tu papá sería uno de los últimos en contactarse conmigo justamente, teniendo en cuenta su historial religioso. Pero no te asustes, no tengo apuro. Hoy solo vine a presentarme, y decirte que las cosas están a punto de cambiar para vos. Aprovechá tu tarde, mañana volveré para que conversemos, cuando estés más tranquilo.

Antes de que Jonás pudiera emitir cualquier sonido o palabra, el hombre simplemente desapareció delante de sus ojos, y el olor a canela se disipó. Jonás se fregó los ojos, observó a su alrededor, y todo parecía haber vuelto a la normalidad, especialmente el olor a moho y, como por arte de magia, se dio cuenta de que las llaves del departamento estaban en su mano, pero el correo todavía estaba en el suelo.

Pensó que quizás se estaba volviendo loco, tal vez la mezcla de alcohol con antidepresivos y pastillas para dormir estaban pasándole factura, y la locura finalmente se apoderaba de su ser. Había leído sobre personas que se volvieron locas y pasaron a ver y oír cosas luego de consumir en exceso remedios fuertes, probablemente este era uno de esos casos, era la única explicación.

Se puso a indagar sus síntomas en internet; la búsqueda lo estaba preocupando. El «doctor Google» sugería que sus síntomas podrían ser producto de un tumor o esquizofrenia. No sabía que era peor, si creer en la

investigación y tener la seguridad de estar muy enfermo, o creer que el ángel caído más famoso le había hecho una breve visita.

El reloj daba las nueve de la noche, decidió que se relajaría un poco y terminaría de leer su libro, sin embargo, la idea de llenar su mente con cuentos de terror no le pareció una buena idea, después de todo, lo sucedido antes ya lo había asustado bastante. Le pareció mejor cambiar el estilo de su lectura, se decidió por un libro con una temática menos sobrenatural, y el autor elegido fue Charles Bukowski la novela *La senda del perdedor* sería una buena elección; leer las experiencias de la infancia del viejo Buk con su sádico padre, hizo que se diera cuenta de que Dante no era tan malo. Nunca lo había agredido y siempre le había dado lo mejor. Leyendo el libro imaginó que todo podría ser muy diferente si Dante no estuviera tan involucrado con la iglesia. Amaba a su padre, y admiraba todos sus esfuerzos por cuidar a la familia; pensó que el único problema era la incesante búsqueda de Dante por la aceptación divina. No entendía la razón por la que su padre quería complacer a un Dios que nunca había visto.

Después de la lectura, preparó la «cena»: un plato de fideos instantáneos, acompañado por un vaso de gaseosa y algunas salchichas, para crear la sensación de estar consumiendo proteínas e intentar imaginar que esa era una comida nutritiva y completa. Pensó que una *pizza* sería una excelente elección, pero a esas horas de la noche no habría ninguna pizzería abierta en Olivas, por lo que tuvo que conformarse con lo que tenía en la heladera.

Tenía muchas ganas de prepararse un trago, algo simple, tal vez un wiski con algunos cubos de hielo ya lo harían sentirse bien, pero, era mejor no beber nada esta noche, ya que las alucinaciones podían ser causadas por la mezcla de bebidas con medicamentos, lo mejor era mantenerse sobrio, cosa que no hacía desde hace mucho tiempo.

Mientras se preparaba para irse a dormir, tuvo ganas de dejar la luz encendida, sería aterrador despertarse a mitad de la noche y darse cuenta de que el hombre que lo visitó por la tarde pudiera estar en la habitación mirándolo mientras dormía, con esa sonrisa molesta en los labios. Pero sabía que la luz

prendida no cambiaría nada, si eso sucediera, ocurriría de cualquier manera, aunque hubiera en reflector en la habitación.

Jonás soñó con la ballena de la Biblia; estaba dentro de ella, el estómago del animal era viscoso, olía a carne podrida y algo más, que no lograba identificar. Él corría, pedía ayuda y se sentía impotente. Vio a un hombre acurrucado en un rincón, era un anciano, y olía como el interior del pez. Parecía estar allí desde hace mucho tiempo, estaba sentado, abrazándose las rodillas. El viejo miró a Jonás y dijo, con una débil voz:

—Nunca me salvó, recé, pedí perdón, pero nunca me salvó, toda la historia que conocés es mentira. Estoy aquí por toda la eternidad. Es mi castigo.

Jonás se despertó asustado, ¿qué había sido ese sueño? ¿Quién era ese hombre? ¿Sería el profeta de las historias? Bueno, no sería una sorpresa que algún sueño extraño sucediera después de todas las cosas raras que le habían pasado durante el día.

Se levantó y fue hasta la cocina a tomar un poco de agua. Deambuló por la casa intentando dispersar su mente. Volvió a acostarse. Tardó en dormirse nuevamente. Al hacerlo, no soñó nada más.